

# El regreso del Mal

## Crónica de un Paladín

La oscuridad se cernía sobre el paramo, al otro lado de la ventana. Extrañas sombras acechaban tras la bruma. La abadía estaba desierta, como una aterradora sombra en el paisaje, un fantasma de piedra anclado en el olvido. Había perdido su antiguo esplendor, y la oscuridad se cernía sobre ella ahora. Yo era su último morador.

El vaho de mi boca empañó tenuemente el cristal de la ventana, mirar a través de ella me inquietaba. Me volví y la vieja biblioteca, viva antaño, hoy yacía muerta. Sus vetustos libros son el único vestigio de su pasado. Un pasado más alentador, en el que la luz y la vida bañaban estas tierras. Los libros, amontonados por el suelo, sobre las mesas, inundando las estanterías, eran pasto del polvo y el ostracismo. Me froté mis heladas manos mientras volvía al calor de la vela, que tímidamente iluminaba el escritorio. Cogí la pluma y la empapé en tinta. Intenté seguir escribiendo, pero la vista se perdía entre las estanterías, suscitando viejos recuerdos.

Mi mente me atormentaba. ¿Por qué las sombras se volvieron a cernir sobre nosotros? Quizás sería la consecuencia de nuestros pecados. El Señor nos ha abandonado a nuestra suerte, no hay nada por lo que luchar, ya no hay esperanza. La poca humanidad que nos queda se extinguirá entre las sombras del averno. El mal ganará esta interminable batalla. Me pregunté ¿Dónde estás Tyrael? ¿Por qué nos has olvidado? Ya no ves en nosotros nada que merezca ser salvado.

La Nueva Tristam, nuestro último reducto, estaba sitiada, a punto de ser convertida en polvo, el mismo polvo que cubría los libros de mi alrededor, el mismo polvo en el que la humanidad se extinguiría en un agónico final. Los viajeros que a veces pasaban por aquí, en un desesperado éxodo por la salvación, traían atroces historias de crueldad y devastación. Demasiado tormento para unas ya maltrechas almas. Lo único que conseguirán será extender su propia agonía, hasta que les alcance el siempre acechante final.

De repente se abrió la ventana y una gélida brisa extinguió la pobre llama de la vela, sumiendo en la más absoluta oscuridad la biblioteca. Me acerque a la ventana, unas negras nubes ocultaban la luna. Pude apreciar unas extrañas siluetas merodeando la Abadía. Cerré apresuradamente el cristal y volví al escritorio para revivir el extinto blandón. Un rayo de luz cruzó fugazmente la ventana y se reflejó en la hoja de mi espada, olvidada en un rincón, junto con mi viejo escudo. En ese momento se encendió una llama en mi corazón que calentó mi alma. Quizás esa fuese la señal que había estado esperando, quizás hubiera una última oportunidad para la esperanza.

Inquietantes sombras cruzaban frente a las ventanas, aterradores sonidos provenían de las galerías interiores. Empuñé mi espada, y su tacto me reconfortó. Cuantas aventuras vivimos juntos en una mutua soledad. Cuantas criaturas mandamos de vuelta a las profundidades de la tierra. Quizás pudiéramos comenzar juntos una última cruzada, quizás hubiera oportunidad para la victoria.

Los amenazadores ruidos se acercaban. Tomé mi escudo en la mano izquierda, como una extensión de mi propio brazo en una armoniosa comunión. De repente algo golpeo la puerta, la habitación entera se estremeció. El polvo que cubría las estanterías se precipitó, suspendiéndose en el aire, creando una densa bruma. Me coloqué el yelmo, estaba preparado. La puerta fue golpeada de nuevo y su madera crujió agónicamente, algunas bisagras cedieron y la puerta se desplomó impactando estruendosamente contra el suelo, levantando una cortina de polvo. Una verdosa aura fantasmal se intuía al otro lado de la puerta y unas oscuras siluetas cruzaban el polvo, avanzando hacia mí.

Ya están aquí...

Genghis Khan CT

